

¿Y por qué soñar? Ombe, pues por lo mismo por lo que educamos.

“Si amas sin despertar amor, esto es, si tu amor, en cuanto amor, no produce amor recíproco, si mediante una exteriorización vital como hombre amante no te conviertes en hombre amado, tu amor es impotente, una desgracia.” Carlos Marx

Cuando pequeño siempre asocié el conocimiento con la soledad. Empezar la ruta del conocimiento, caminar en pos de la sabiduría exigía de alguna manera estar solo. Veía en la vocación de aprender una senda que se hacía en soledad. Asocié durante mucho tiempo lo monástico (entendido como el arte de la soledad y la contemplación) como un ejercicio, quizá el único, para aprender. Con el paso del tiempo entendí que de nada servía que yo” adquiriese ese conocimiento si no podía ser compartido con alguien. Tal vez montado en la estructura de que era posible enseñar (*hoy ya no estoy tan seguro y me acuerdo de lo que dice Freud sobre las tres cosas imposible: Gobernar, enseñar y curar*) decidí hacerme maestro. Recordaba los buenos momentos que tuve y a todos aquellos que pasaron por mi vida y mucho tiempo después entendí que eso me gustaba. Empecé a pensar que aprender se trataba también de aprehender y desaprender. Al comienzo por razones no tan precisas quise montarme en este tren de la educación pensé que una manera de viajar permanentemente era esta. Hoy no es que lo tenga tan claro pero compartir la vida con los otros, llegar a otras personas y que lleguen a mí me hace pensar que es posible que este ejercicio no signifique únicamente como me gano el pan sino cómo ejerzo mi existencia, cómo conozco a otras personas, cómo me relaciono con el mundo.

Sé que se vuelve retórico esto del aprendizaje pero en serio que se me vuelve una obsesión. Por ejemplo me doy cuenta como no tengo en este momento la misma capacidad para retener que cuando tenía 20 años y de paso me doy cuenta de tanto tiempo perdido, pero aún así quiero aprender quiero saber cosas nuevas, quiero saber por qué nos encontramos en el mundo que hoy tenemos y no en otro, y eso poquito que alcanzo a retener me gusta contarlo con los muchachos y muchachas que la vida me pone en frente.

Alguna vez escuché que muchos se dedicaban a la docencia porque “*como no pudieron aprender entonces les tocó enseñar*”. Tenía claro que no quería ser de esos. Tenía claro que me motivaban otras cosas como tener siempre la cabeza abierta para vivir otras experiencias, para conocer otras formas de vida. Y no lo digo en tono poético, lo digo con la razón anclada a las emociones que es otra cosa. Ser docente me ha permitido viajar, explorar, escuchar, callar y también soñar. No ha sido fácil porque soy más consciente que nunca de la presencia del error, de la falla, de la equivocación. Y consciente de esto no significa que enmiende las cosas de manera inmediata. Tal vez en eso soy más lento de lo que pudiera pensar. Pero saber que hay otra forma de hacer las cosas es lo que me permite aprender. Cada vez que me paro al frente de un aula me doy cuenta que estoy frente a la oportunidad de aprender de personas que han tenido experiencias que si yo las pudiera insertar en mi cerebro y en mi corazón sería el hombre más sabio del mundo: Tal vez por la locura que esto pueda producir.

No ha sido fácil este tiempo en el que las cosas cambian de manera vertiginosa en el que descubro que los chicos me llevan delantera en muchas cosas, pero que cosa en la vida no es así donde hay un montón de gente que sabe más que tú pero el de la batuta es el que no sabe tanto o sabe poco menos. Sin embargo, ese que sabe menos, con la claridad mental de esto puede llevar a esos que saben a cosas que no habrían descubierto por sí solos. Por eso me gusta más la palabra facilitador, acompañante, cuando se trata de describir al profesor. El que facilita puede crear un ambiente de aprendizaje del que muchos se benefician. A veces el ego, los cartones de grado y de posgrado nos hacen creer que llevamos mucha delantera, pero delantera ¿En qué? ¿Ventaja en cuanto a qué? Esas ventajas a veces son más frágiles de lo que pensamos.

En fin... todo esto me recuerda la primera vez que me paré delante de unos chicos a enseñarles algo. 1993. Vereda El Portento de El Retiro (Antioquia) ya no recuerdo a ninguno de esos chicos ni ellos me deben recordar a mí. Pero ahora que pasé por ese sitio (hace aproximadamente cuatro meses, hacía como diez años que no pasaba por allá) recordé como eran mis ilusiones de esa época, todas las ganas de contar las historias, y de esperar que los chicos me escucharan. Esperar jugar con algunos de ellos después de salir del salón como muestra de que me apreciaban (para mí el afecto de los estudiantes es importante, no de todos obviamente, pero hacerme querer es una marca de salesiano que no se me quita aun cuando hoy el mundo religioso signifique algo de rechazo para mí) era un signo fundamental. Cuando me comparo con esas épocas podría simplemente decir que el tiempo ha pasado y que yo he cambiado mucho, pero tal vez no tanto como creo: sigo haciéndome joven con los más jóvenes, sigo dejándome sorprender y aprendo cada vez más que los chicos viven cosas que no alcanzamos a entender, que viven experiencias duras, traumáticas, enriquecedoras, contundentes muy lejos de las aulas pero que las llevan allá.

Cuando pienso en todo ese tiempo que ha pasado me doy cuenta que a pesar de todo ha valido la pena. Ahora que comparto con profesores más jóvenes que yo, les repito lo mismo que les digo a mis estudiantes: "Ustedes no tienen idea de cuánto me enseñan, ustedes hablan y dicen cosas que a veces olvidan pero que yo conservo conmigo". Cuando digo estas cosas pienso que no sabemos cuánta marca podemos dejar en una persona, cuán profunda es la huella que dejamos en una palabra o en una actividad que hayamos preparado o en aquella sesión donde creímos que la cosa no había sido tan positiva.

El mundo cambia de una manera vertiginosa y no sé bien cómo será la educación dentro de unos cincuenta o cien años. Tal vez no exista como la conocemos hoy, tal vez harán como en Matrix donde los humanos tienen unas ranuras donde se insertan unos chips cibernéticos y se absorbe todo el conocimiento necesario para sobrevivir. Lo que creo es que donde haya más de un humano (cualquier cosa que eso signifique en la era digital post apocalíptica) habrá la necesidad de contar, de narrar cómo vemos el mundo y de escuchar lo que otros dicen sobre lo que han visto. Allí habrá entonces espacio para educar, para aprender y para saber que lo que teníamos por cierto, tal vez no lo era tanto (desaprender). Quizá, tal vez, con el paso del tiempo aprenda ser

consciente que con el paso del tiempo lo único certero es que nunca somos los mismos, seré feliz del todo cuando pueda enseñar eso.